

IV

¿Quién era el poeta que así se mostraba *vate*, presintiendo acontecimientos velados aún por las brumas del porvenir?

Nació Torcuato Tasso en Sorrento, deleitoso rincón del mundo que se adelanta y prolonga en esbelto cabo sobre el mar Tirreno, formando el extremo más largo y saliente de la concha que cierra el golfo y bahía de Parténope. Dominanlo por la espalda Pompeya y el ardiente coloso del Vesubio: enfrente se divisa la isla de Caprea con su suelo feraz, su derruido palacio de Tiberio, de memoria fatídica, sus termas de Augusto, su gruta azul, húmedo zafiro iluminado por la magia aérea de la refracción; detrás queda Amalfi, la poderosa república comercial de la Edad Media; Castellamare, el activo centro marítimo; y desde la punta opuesta de la concha, Ischia y su dormido volcán, la griega Prócida, parecen mirar amorosas á la patria de Tasso. Del otro lado tiene Sorrento el golfo de Salerno, y fronterizos los agros de

rosas de Poëstum, cantados por Virgilio. La casa natal de Tasso, hoy suntuoso palacio de verano ¹, se alzaba sobre enhiesta roca, cuyos pies besa el mar, cercada de verdura, oculta entre setos de laureles, cinamomos, limoneros y naranjos. Corre allí un aire fresco, blando, balsámico, aquel aire recomendado por los médicos al emperador Antonino, y que, según dejó escrito el padre de Tasso, llevaba en sus ondas juventud é inmortalidad. Tan regaladas auras oreaban la amena villa de recreo de Polio Félix, celebrada por Estacio, y las ruinas élegantes de los templos de Diana, Neptuno y Hércules; y en las tardes de fiesta y bureo juguetaban con las negras trenzas de las zagalas sorrentinas, que cubiertas de ricos joyeles y vistosos brincos, gayamente aderezadas, tejían alegre danza al son de la pandereta ornada de cintas. Al rumor de aquellas brisas, al grato susurro de aquellos bosquecillos mitológicos, al rayo de aquel sol que madura las uvas de ambrosía en las laderas de Salerno, crióse el poeta que mejor había de describir los hechizos de una naturaleza muelle, seductora, paradisiaca.

Fué el padre de Torcuato Bernardo Tasso, natural de Bérgamo: por donde esta ciudad re-

¹ Fué hasta hace algunos años propiedad de Gaetano Spasiano, descendiente de Cornelia Tasso, la hermana predilecta del poeta. Posteriormente vino á poder de una familia inglesa, y habitóle larga temporada el gran novelista americano Fenimore Cooper.

clama aún el honor del nacimiento del poeta¹, como las villas helenas el de Homero. Semejante padre, poeta, aventurero, batallador, literato, humanista, errante por Flandes, por Alemania, por Francia, por Túnez y Argel, hoy al servicio de la duquesa de Parma, mañana al del príncipe de Salerno, otro día al de Guido Rangone, perseguido, desterrado, vagabundo, juguete de la fortuna, transmitió á su hijo los gérmenes del predominio estético é imaginativo, al par que cierto tinte elegíaco y quijotesco, un temperamento de la Edad Media. Bernardo Tasso, á quien hoy conocerían tan sólo los eruditos si la gloria de su hijo no le iluminase con viva claridad, desempeñó, sin embargo, lucido papel en el período literario del *cinquecento*². Compuso dos poemas cabalerescos, *Floridante* y *Amadis*³, y el crítico Speron Speroni le ensalzó hasta sobreponerle á Ariosto. Mas fué tanta su estrechez, que hubo de adular en verso á Carlos V porque le devolviese sus confiscados bienes, el pan de sus hijos; y tales los azares de su destino, que ni poderosos de la tierra, ni celestiales musas, alcanzaron á preservarlo de su precaria situación. Estas impresiones de desgracias y vicisitudes

1 Bérnago erigió á Tasso una estatua de mármol de Carrara. Cuando era Tasso prisionero en Santa Ana, mandó la ciudad de Bérnago diputados algunos ciudadanos, con presentes á Alfonso de Este, pidiéndole la libertad del poeta.

2 No falta quien opine que Bernardo Tasso, poeta de mérito sería más celebrado á no eclipsarle su glorioso hijo.

3 Para escribir éste sirvióle de amanuense Torcuato Tasso.

en la familia alumbraron los primeros años de Tasso con una ráfaga tétrica y penosa.

El pueblo, amor de lo maravilloso, que gusta de engarzar consejas, leyendas y prodigios en la historia de sus predilectos, afirmó que Torcuato Tasso, milagroso infante en quien se daban unidas, cual divinas gemelas, ciencia é inspiración, hablaba á los seis meses de su edad correcto y castizo latín, y que las abejas, ebrias de miel libada en los azahares del jardín paterno, anidaban en su tierna boca. Ello es que se mostró el poeta precocísimo en sus vastos y profundos estudios. Le apuntaba apenas el bozo, no alcanzando aún su décimaséptima primavera, cuando sus contemporáneos le vieron con pasmo subir á la cátedra y sostener con raciocinio brillante y fácil elocuencia intrincadas tesis de Teología, Filosofía, Moral, Derecho civil y canónico. Y era el rapazuelo escolar, el discreto controversista, autor ya á la sazón de un poema, el *Reinaldo*, que daba muestra de las facultades más potentes de su genio: sentimiento, proporción, armonía; poema que, como ensayo, bien pudiera enorgullecer al mismo Ariosto. Desde aquella primicia de un plectro casi infantil, pero de una mente hecha ya á conversar en su propio idioma con los grandes pensadores griegos, comienza la vida de Tasso á ser cual él se la había figurado, fantaseando en los sueños de su temprana edad al vagar por las playas rientes del Tirreno, ó al recorrer entre el rocío de la aurora las frondas de granado, jazmín y mirto.

Fué llamado á Bolonia, y favorecido allí con las primeras lisonjas y alabanzas, dulce veneno que abrasa el alma en sed de gloria; después á Ferrara, ciudad amada de la poesía, henchida del renombre y loor de los dos insignes épicos Boyardo y Ariosto, que á un mismo tiempo nacieron en sus muros. La joven fantasía del Tasso vió en Ferrara un trasunto del Edén. Presenciaba un espectáculo semejante á los que Rubens fijó en algunos de sus cuadros. Una corte delicada y culta, en que damas y caballeros se espaciaban por deleitables jardines y frondosas alamedas, y al pie de las escalinatas de mármol y junto á los tazones alabastrinos de las fuentes, discurren grupos entretenidos en disertar de materias literarias y científicas, si ya no es que oyen leer cantos sonoros ó gentiles pastorelas é idilios: hechizado oasis, en que Tasso dilataba su pecho respirando en el ambiente emanaciones de gaya ciencia y de sutil filosofía; en que ricos hombres, príncipes y princesas agasajaban al mozo poeta, tratándole de igual á igual; en que el purpurado de Este, protector nato de los ingenios, no perdonaba medio de que hallase Tasso grata la nueva residencia... Fondo de acibar encubría tanto arroje; mas para el poeta, en quien hervían el alma, la sangre y la mente al calor de las ilusiones, todo parecía flores y delicias, piélagos amables y peligrosos, cuyos escollos, remolinos y sirtes pintó más tarde en algunas estrofas de *La Jerusalén*.

Era el Tasso, que así se estrenaba al eco del

aplausos y percibiendo suaves emanaciones de incienso, hombre á propósito para granjearse voluntades en las cortes sin usar de artificios. Lejos de manifestar la caprichosa violencia de Ariosto, ó el descomedimiento insolente del Aretino, presentábase Tasso cortés, pulido, selecto, concertado, discreto, gallardo y noble, así en palabras y modales como en obras. Trataba á las damas con respetuosa galantería, á los caballeros con sobria dignidad, á los literatos con afable modo, á los sabios con deferencia. Era en su porte airoso y de muy buen talante, suelto de movimientos y proporcionado de miembros, la cabeza bien puesta, los ojos ardientes y velados, aguileña y patricia la nariz, macilentas y quebradas de color las mejillas, la frente vasta, y sumida por las sienas, obscura, rizada y espesa la barba, los contornos un tanto angulosos sin demasiada flacura, los tonos de la piel calientes y meridionales, movable y nada carnosa la fisonomía, los músculos ágiles y contráctiles, avara la sonrisa, mediatibunda y soñadora la expresión, finos y palpitantes los labios, rizados por el soplo de la poesía, toda la faz envuelta en una penumbra luminosa, globo ocular levemente convexo, á modo de cristal de la rica imaginación; no saliente como el de Milton, ni profundo como el de Dante, sino un tanto bombeado; el cuello largo y no muy grueso, las manos pulcras y señoriales¹. Con todo esto era el galán poeta

¹ Es curiosa la semejanza que se nota entre los retratos de

dadivoso hasta rayar en pródigo, amigo de vestir con primor y lujo¹, de perfumarse con exquisitas esencias, de alfiar su cabellera, de gastar los guantes más bordados, los más costosos terciopelos, las armas damasquinas más curiosas; en suma, dado á acicalarse, bien que sin afeminación ni vileza. Hay que añadir que era denodado, bizarro, sediento de aventuras, de extraños pasos, de novelescos incidentes.

Ya se dejan entender los agasajos y triunfos que tan cumplido mancebo lograría en la corte de Ferrara; mas no se dormía él en las delicias de aquella Capua fascinadora. Alta ambición inflamaba su mente. Le espoleaba la fama de Ariosto, tenido á la sazón, y aun hoy, por sumo poeta. Ariosto perseguía entonces, como Apolo á Dafne, á la musa del poema heroico, y lo mismo que el dios de la poesía, no alcanzaba á la ninfa, pero cogía ramas de laurel. Tasso aspiraba á la verdadera epopeya heroica, anhelo de toda su vida. Su estancia en Ferrara sirvió para exaltarle más, para irritar aquel deseo inmenso, fiebre artística que consume con la

Tasso, los de Cervantes, y el tipo convencional que más comúnmente suele tenerse por el de *Don Quijote*.

¹ Consta de una carta escrita por el poeta á Giambattista Licino, el apuro en que Tasso se vió, y lo mucho que le acongojaba carecer en cierta ocasión de ropa lucida y flamante, por lo cual daba quejas de la ilustre escritora Tarquinia Molza, que, embelesada en sus estudios y poéticos trabajos, se olvidaba de enviar á Tasso unas calzas que le ofreciera y que eran al poeta muy necesarias. Asimismo añadía que el colete, regalo del duque, no tardaría en romperse, *e non avendo denari, non so come mi fare*.

sed de la inmortalidad. El Cardenal de Este—que, dígase lo que se quiera de su mezquindad como Mecenas¹, no dejó de dar vuelo y abrir camino á los ingenios y singularmente al de Tasso—hubo de pasar á Francia en calidad de Legado de la Santidad de Gregorio XIII, y el joven autor de *Reinaldo* formó parte de su comitiva. Encontró Tasso en la corte de Carlos IX un círculo menos íntimo y halagüeño que el de Ferrara, pero no inferior en inteligencia, y, como puede conjeturarse, más extenso y grandioso. La acogida fué igualmente lisonjera para el poeta. Las dos Médicis que se sucedieron en el trono de Francia trajeron á él ambiente del genio italiano, que fué á la Europa moderna lo que el griego á la antigua. Formóse así aquella atmósfera intelectual que respiraban el erudito humanista Amyot, el escultor Juan Goujon, Montaigne, Brantôme, y Ronsard, el padre de la moderna poesía francesa; círculo escogido, cuya delicadeza y elegancia hacía suspirar á la desdichada Estuardo entre las nieblas de su triste reino septentrional. Tasso fué allí festejado y llevado en palmas por el rey y por Catalina de Médicis. Lo que más sirvió de satisfacción al poeta mozo fué deber á su genio naciente, á su temprana fama, el placer inefable de salvar la vida á un semejante, poeta también. Sentenciado éste á muerte por delito nefando, levantado ya el patíbulo, Tasso se

¹ Esta opinión expresa Castelar en sus *Recuerdos de Italia*.—«Sorrento y el Tasso.»

echó á los pies de Carlos IX, ablandándole con una frase: "Señor—le dijo—yo os ruego hagáis morir irremisiblemente, perdonándole, á un miserable, que con su escandalosa caída demostró de un modo claro cómo se burla la humana fragilidad de las lecciones de la filosofía."

Sincero consigo mismo, hallábase Tasso inferior á los honores y distinciones que se le prodigaban. Llevando en su fantasía un universo que aún no lograra realizar, aguijábale el afán de producir algo digno de su genio. Tornaba á sus meditaciones de Padua, en donde por vez primera ideó el plan de *La Jerusalén*. De vuelta á Italia, terminó por vía de ensayo la linda pastoral de *Aminta*, deleite y regocijo del público literario¹. Fué tal el entusiasmo con que recibieron aquel idilio bellissimo, que la duquesa de Urbino escribía á Alfonso II de Este pidiéndole, con gran encarecimiento, una copia, que el mismo Tasso llevó á la noble dama, teniendo el placer de leerla á una mujer inteligente, preñada del arte, apreciadora de los más delicados matices de la rima y de todas las galas de la imaginación. Asesoróse igualmente con tan gentil juez para la comenzada epopeya.

Con ansia esperaba Italia aquel poema que

¹ Créese con algún fundamento que fué esta *Aminta* la obra de Tasso que se representó en Florencia, exornada con decoraciones y aparato singular por el arquitecto Bernardo Buontalenti; aparato tal, que Tasso vino á Florencia á caballo, halló á Buontalenti, le felicitó, abrazó y besó, se dió á conocer de él, y rápido como una centella cobró su montura y desapareció á galope.

no habían podido crear Ariosto y Boyardo. Los corifeos de la literatura intentaron casi todos poner esta piedra angular en el edificio del arte patrio. Les acosaba una idea estética, nacida al calor del espíritu caballeresco que, extinguido en la historia, ardía aún en las imaginaciones. Como mariposas atraídas por la llama, giraban en torno del ideal. Sin mencionar al padre de Tasso, vemos á Pulci, á Ariosto, á Boyardo, ensayando el poema caballeresco-heroico. Monumento de su malograda empresa son las sátiras y bufonadas que inspiró á Merlin Coccio, á Jerónimo Folengo, á Scrofa, á los cínicos burlones de aquellos días, que acechaban los tropiezos y fracasos de la musa épica, para soltar la risa y acribillarla á puros epigramas y poemas jocosos en macarrónico y bastardo latín. Mas la brecha que costó la vida á tanto sitiador; la torre inexpugnable cercada de tan espinosa maleza y profundos fosos, se rindió, como Jerusalén, á la embestida de un campeón que llevaba por enseña la cruz. El poema de Tasso es el único de su época que por cima del carácter romancesco ostenta sello cristiano. En una época falta de sentido interno, de seriedad y realidad, en que lo más grave y substancial era quizá la musa satírica, preséntase el poema de Tasso como un milagro de trascendentalismo, enlazado por un pensamiento alto y vigoroso, y sostenido en sus vuelos por las alas de águila de la fe. Es *La Jerusalén* la verdadera epopeya de Italia en el siglo XVI, por más que Ariosto poseyese faculta-

des iguales, si no superiores, á las de Tasso.

La obra con tanto amor concebida, con tal madurez meditada por Tasso, fué acabada el año 1575, y desde esta fecha parece que comienzan las interminables desdichas del autor.—Al punto que vió en sus manos, completa y gallarda, su radiante inspiración; al instante en que aquel mundo fantástico, romancesco, ideal, cuyo bullir advertía en los severos claustros de Padua y entre la molición de la corte de Ferrara, y en el palacio de Catalina de Médicis, hubo por fin tomado cuerpo en estrofas más musicales que los céfiros de Sorrento y más dulces que el néctar de las vides napolitanas; al momento en que debía inundarle el gozo del triunfo, cabalmente principió su martirio.

Era Tasso sincerísimo é infatigable en el empeño de dotar á Italia con la joya de que carecía, el poema heroico caballeresco; y quiso ofrecérselo en extremo acrisolado y perfecto, para lo cual no perdonó trabajo ni ahorró tiempo y fatigas. Esclavo de su idea, maduróla con reflexión y voluntad, enriqueciendo al paso su entendimiento y memoria con cuantos tesoros guarda el humano saber. Habiendo vivido en familiar comercio con los archifilósofos, padres de la ciencia mental y primeros definidores del concepto de la belleza, diérale Aristóteles las firmes reglas y claros preceptos del gusto y del arte, y Platón la idealidad que lo aquilata y dignifica. Versado en las lenguas griega y latina, habituó su flexible oído á la eufonía de la rima y aprendió el conciento de sus octavas.

Lector asiduo de los mayores poetas, Homero, Hesiodo, en especial Virgilio, reveláronle ellos los secretos clásicos, corrección, elegancia, nitidez, armonía de las partes en el todo, unidad en la variedad, consecuencia en el trazado de los caracteres, la lógica de lo bello unida á la libertad del numen. Crítico desde su niñez, sabía al dedillo las prescripciones horacianas, era autor de unos *Discursos sobre la Epopeya*, disertaba de materias literarias, consultaba con reverencia á Speron Speroni, el censor entonces más respetado. En suma: en aquel siglo docto, Tasso era doctísimo; en aquella falange literaria, cuidadosa de la perfección, Tasso era el más capaz de ser perfecto. Salió *La Jerusalén* de su pluma como Minerva del cerebro de Júpiter, no informe y desnuda, sino engalanada con armas relucientes. Esmeróse en todos los pormenores del poema; idealizó la historia sin desfigurarla; hasta puso tiento en los pasajes en que se halla alguna noticia de ciencias naturales: su geografía, su astronomía, su náutica, son lo más adelantado de su siglo. Amén de la preparación científica, técnica y racional, quiso el Tasso teñir su mente en los colores vivos, orientales, en la atmósfera de luz que reclamaba el asunto. Ningún poema, salvo acaso el *Fausto*, nació de una conciencia artística tan reflexiva. Todas las facultades del poeta se emplearon en la obra.

Mas no bien salió ésta á luz, y corrió por Italia la nueva de que la ansiada epopeya heroica había venido al mundo, echósele encima la

crítica, y los censores se entraron por ella, haciendo riza y estrago. No fué juicio de buena fe, sino discreto mezquino, capcioso, implacable. Hallaron los frívolos y ociosos literatos ancho campo para disquisiciones vacías: cierto que el poema fué impreso sin contar con su autor, por indiscretos admiradores y amigos, faltándole aún la última lima, motivo de sumo corrimiento y despecho para el Tasso. — Motejaron al poeta en todos los terrenos. Dijéronle que si quería hacer un poema religioso, él debió ser tal que pudiese andar hasta en manos de monjas. Tacharon los episodios por importunos, y que embarazaban la marcha de la acción; la frase por ampulosa y afectada, el habla por bastarda y viciosa. Fueron blanco de los dardos de los criticastros malévolos aquellos personajes en quienes más se recreara la fantasía de Tasso, predilectos hijos de su alma, que veía maltratar despiadadamente.

No asistía á Tasso la robusta confianza en sí propio que permite apelar de lo presente á lo porvenir. Cada crítica de su poema era daga buida que le pasaba el corazón. Algunas censuras convenían tan bien con sus principios y con su gusto literario que, humilde, las acataba, tildando aquí y enmendando acullá. Eran otras tan sañudas y aviesas, tan emponzoñadas por el genio de la emulación, que le producían el efecto de pedradas ó latigazos. Entonces principió entre Tasso y sus aristarcos reñido torneo. Disputó palmo á palmo el

territorio, cediendo en tal cual punto, manteniendo en otros su fuero poético: eran sus adversarios en la lid, Salviati, Antonino, el célebre Galileo Galilei, mancebo á la sazón, y, finalmente, la temible y majestuosa Academia de la *Crusca*, grave areópago ante cuyos fallos se inclinaba el mundo literario; severo juez de la forma y lenguaje toscano que fijó, clasificó, inventarió y casi petrificó en perennes moldes; corporación rígida é intolerante, como suelen ser las Academias, que excluía á unos escritores y consagraba á otros, escudada por su inmensa erudición, su gusto puro y clásico, y la compacta mayoría de hombres eminentes que albergaba en su seno. A lidiar con todos se arrojó Tasso, mientras corregía su poema, dañándolo y mutilándolo lastimosamente, sin que — por dicha del arte — realizase su deseo de aniquilar la primitiva *Jerusalén*, intolerable ya á sus ojos. Y al sentirse abrumado por tantos cuidados y sinsabores, fué cuando el duque Alfonso le impuso la enojosa tarea de proseguir y terminar la *Historia de la casa de Este*, que dejara incompleta el cronista y secretario Juan Bautista Pigna. A Tasso le pareció insufrible la carga. Cayó en la más negra melancolía y pasión de ánimo.